

GABRIELA SELSER (2016). *BANDERAS Y HARAJOS. RELATOS DE LA REVOLUCIÓN NICARAGÜENSE*

*Bajo el Volcán*, año 1, núm. 1, Noviembre de 2019 - Abril de 2020

José Antonio Alonso Herrero

Fecha de recepción: 1 de marzo de 2019

La joven argentina Gabriela Selser sostuvo una breve conversación con su papá, Gregorio Selser, respetable historiador del movimiento sandinista en Nicaragua. Dada su juventud, la recomendación paterna era que no se integrara a la lucha sandinista. La respuesta fue inmediata: “Vos hiciste la teoría, ahora déjame a mí hacer la práctica”. Este libro es el resultado de esta práctica.

La responsabilidad profesional obliga a los académicos universitarios a leer docenas de libros cada año. Acostumbrados a la monotonía científica olvidamos con facilidad el lado trágico de los argumentos analizados. Pero de repente llega a nuestras manos un joya periodística que provoca sentidas lágrimas y una íntima emoción al recordar –como en mi caso– y revivir los años que pasé en la Nicaragua somocista.

Quisiera disentir con el respetable escritor Sergio Ramírez, autor de la iluminadora introducción de este libro, cuando afirma: “En este país sin memoria, todo termina disolviéndose en humo”. Doloroso como es el recuerdo de la tragedia nicaragüense abrigo la convicción de que todos los que nos consideramos identificados desde hace décadas con tan bello país debemos superar la melan-

colía, muy comprensible por otra parte, para poder desglosar las causas y consecuencias del fracaso sandinista. En México, país donde me llegó este relato de la revolución sandinista, todos sabemos desde hace décadas que la humareda generada por el paso fugaz del auténtico primer sandinismo anuncia la creciente tragedia social imperante hoy día en América Latina.

Gabriela Selser, joven nacida en la Argentina, llegó en 1980 a Nicaragua y se metió de lleno en la causa sandinista tras desatender el consejo paterno. El testimonio periodístico de la joven Selser es sobre todo un relato íntimo y personal de la campaña alfabetizadora organizada desde el comienzo por el Frente Sandinista y dirigida por el jesuita Fernando Cardenal. Con él tuvo la primera entrevista, que abriría la puerta de su actividad periodística en las regiones norteñas de Nicaragua. Porque Gabriela Selser no narra lo que le contaron, sino que con un apasionante estilo periodístico nos describe todas las aventuras vividas al norte de Matagalpa y Jinotega. Ciudades que yo había conocido veinte años antes bajo la dictadura somocista. Era la época en la que comenzó a fraguarse la insurrección juvenil que veinte años después acabaría con la dictadura de la familia Somoza. En los años ochenta Gabriela todavía pudo admirar la belleza verde de los bosques tropicales y convivir varios años con las familias campesinas. También compartió, como ella lo describe puntualmente, la pobreza de aquellas familias rurales y, pronto, sintieron juntos y padecieron las balas disparadas por la CONTRA nicaragüense, instalada en Honduras, pero apoyada y dirigida por Ronald Reagan.

Poco antes de cumplir los 19 años de edad, Gabriela se convirtió en protagonista de la gran campaña alfabetizadora, cuyos objetivos inculcados por Fernando Cardenal eran dos: enseñar a leer y concientizar sobre la revolución. Quienes conocimos a Fernando Cardenal y trabajamos en Nicaragua desde 1961 podemos apreciar en su justo valor el significado de ambas tareas. Hubo alfabetizadoras secuestradas por la CONTRA reaganiana, pero la opción repetida por Fernando Cardenal era: “no retroceder”.

Aquí se inserta otro testimonio magnífico de Gabriela Selser. El 5 de enero de 1984, cuando Gabriela realizaba su primera cobertura para el periódico sandinista, BARRICADA, los CONTRAS lanzaron cohetes sobre objetivos civiles desde sus lanchas piratas. Los atacantes, insiste Gabriela, apoyados por un barco cañonero de bandera hondureña, dispararon igualmente contra el centro de salud del poblado. Testimonios semejantes se multiplican a lo largo de muchas páginas, observados y descritos puntualmente por la juvenil reportera.

Gracias a los testimonios conservados en el Instituto de Historia, fundado por el jesuita Álvaro Argüello, Gabriela Selser pudo revivir innumerables historias de guerra y gracias a su contacto con Fernando Cardenal añade otros datos, ciertamente conocidos por otras fuentes, pero que Gabriela coloca en el contexto adecuado. Porque mientras desarrollaba su actividad periodística en zonas alejadas a la frontera hondureña, la Cancillería nicaragüense envió su enésima nota de protesta al secretario de Estado estadounidense, George Schultz, y al canciller hondureño Edgardo Paz Barnica por la “nueva escalada agresiva” dirigida a sabotear las negociaciones del Grupo Contadora, formado por México, Perú, Colombia y Panamá.

En este contexto de Contadora, ampliamente documentado por Aldo Díaz –embajador de Nicaragua en México y en Venezuela- necesariamente viene a la mente la pregunta por otro Estado, muy presente desde el principio de la Revolución Sandinista y que siempre se opuso a la estrategia latinoamericanista de Contadora. Nos referimos a la Santa Sede, cuyo primer dignatario el Papa Juan Pablo II había visitado –por llamarlo de alguna manera- la ciudad de Managua en 1983. Evento ampliamente discutido y analizado por el teólogo jesuita Juan Hernández Pico, español residente en Panamá y Centroamérica desde 1960. Aquí es donde Gabriela Selser (ibídem:119) enriquece su testimonio con lo ocurrido gracias a la participación de monseñor Miguel Obando y Bravo. Resulta que “a fines de 1984 un nutrido grupo de CONTRAS había atacado con morteros la comunidad rural de San Gregorio en el departamento de Boaco”. Pero la cita de Gabriela Selser continúa (ibídem: 119) al afirmar

que “aquella masacre tuvo un aval público y explícito de parte de la Iglesia Católica local”. En la cual, el hoy día cardenal Obando ya emergía como el líder espiritual de los alzados antisandinistas.

El tenor antisandinista y proyanqui de Obando adquiere nuevas tonalidades eclesiásticas al entrevistar a monseñor Pablo Antonio Vega. La pregunta formulada por Gabriela Selser fue directa: “Monseñor, ya han muerto más de 7,000 personas en esta guerra. ¿Es esto justo en su opinión? La respuesta sintetiza dramáticamente la posición política del Estado Vaticano:

“Mi opinión es que hay una ideología que parte de que el otro es mi enemigo.  
Esto es algo simultáneo, así que también hay que preguntar eso a los rusos  
y a los cubanos que están interfiriendo en Nicaragua”.

Ante tan sabia respuesta, fiel trasunto de la ideología política profesada por Juan Pablo II, dos catedráticos estadounidenses, presentes en la entrevista, no pudieron evitar la pregunta:

¿Qué piensa Usted de las presiones de Estados Unidos sobre Nicaragua?

La respuesta de monseñor Vega rezuma ideología vaticana: “Todo imperialismo es malo. El imperialismo económico a través de un régimen de fuerza, pero también el imperialismo ideológico que es una bomba que se mete en el alma cuando se trata de domesticar al pueblo”.

Desconcertado el profesor estadounidense insistió: ¿quiere decir que para la Iglesia Vaticana no es un crimen que se asesine a niños indefensos? Yo no puedo comprender eso.

Monseñor Vega se apresuró a contrarrestar tal incapacidad intelectual: “Una bomba que se mete en el alma es más grave... matar el alma es peor que matar el cuerpo”.

Esta frase apabullante desconcertó al profesor gringo, incapaz de captar la lógica vaticana sabiamente interpretada por monseñor Vega.

De hecho, el obispo Vega –insiste Gabriela Selser– fue expulsado del país tres años más tarde y, como era de esperarse, a los tres días de su salida de Nicaragua ofreció una misa en un campamento de la CONTRA en Honduras. Para cerrar el testimonio comentado por Gabriela Selser me permito recordar que si el profesor estadounidense hubiera vivido en la dictadura franquista, como es mi caso, no habría tenido ninguna dificultad para comprender la lógica vaticana, fielmente interpretada por Vega.

Más allá de los abundantes datos objetivos descritos diáfaramente, como testigo presencial, por Gabriela Selser, tal vez su principal aporte sea el relato objetivo de la posición política e ideológica de la Santa Sede, el Estado ausente de Contadora. En efecto, aclara Gabriela Selser (ibídem: 134), la lucha frontal de la Iglesia Oficial con el sandinismo había comenzado “cuando la jefatura de la Iglesia Católica comenzó a cuestionar la confiscación de propiedades, la reforma agraria sandinista, el apoyo del Frente Sandinista de Liberación Nacional a la llamada Iglesia Popular”. El eje más visible de este choque fue Fernando Cardenal porque su posición como primer responsable de la revolución educativa chocaba de frente con la estrategia multiseccular de la Santa Sede para controlar el sistema educativo de los países secularmente católicos. Los educados en España durante la primera fase de la dictadura franquista, como es mi caso, experimentamos en carne propia la efectividad de tal estrategia. En el caso de la Nicaragua sandinista ese proceso eclesiástico se vio afectado, según narra Gabriela Selser, por el trágico-cómico episodio del sacerdote Bismarck Carballo, presa de un escándalo sexual que conmocionó a la jerarquía católica.

La base real de tal descontento eclesial se deriva del hecho objetivo de que monseñor Bismarck Carballo era vocero de la curia católica y director de Radio Católica. Gabriela Selser pudo hablar años más tarde con la dama provocadora de tan desventurado romance. Aunque el resultado fue, como era de esperarse, el aumento de la confrontación entre las estructuras oficiales de la Iglesia Vaticana y del Estado Sandinista.

Mayor repercusión tuvo a nivel mundial el comportamiento dictatorial de Juan Pablo II con el poeta sandinista Ernesto Cardenal –hermano de Fernando-, porque el Papa no permitió que el ministro Cardenal le besara la mano y le fulminó un reproche: “Usted debe regularizar su situación”. Más allá de esta confrontación intraeclesial, el fondo del comportamiento papal radica en el hecho de que Juan Pablo II “nunca accedió a elevar una plegaria por los miles de muertos nicaragüenses”, víctimas directas de la agresión estadounidense, como constata Gabriela Selser a lo largo de su informe periodístico.

Detalles objetivos, como los descritos, abundan en la narración periodística de Gabriela Selser. Pero el mensaje perdurable de este libro se sintetiza en el último capítulo titulado: “¿Dónde está lo que fuimos?”. En nosotros, los lectores, gravita la responsabilidad de que “todo el esfuerzo sandinista no se disuelva en humo”, como presagia Sergio Ramírez. Porque más allá de las “humaredas” en que desembocan los movimientos sociales en América Latina, la responsabilidad nuestra, como lectores, es que no se repita por parte de los católicos responsables de nuestro continente la dócil aceptación de Fernando Cardenal de su expulsión de la Compañía de Jesús por instigación del Papa reinante.

Pocas semanas antes del fallecimiento de mi antiguo compañero, Fernando Cardenal, Gabriela Selser se encontró de nuevo con él en el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica. Los ojos azules del padre Fernando Cardenal asomaban cansados bajo sus párpados, según observa Gabriela Selser. Durante el breve encuentro, el padre Cardenal le cuenta que “espera ansioso la publicación de una extensa entrevista con una periodista mexicana que vivió en Nicaragua y trabajó con él durante la campaña alfabetizadora”. Supongo que se trata más bien de la periodista Citlali Roviroso, quien fue colaboradora durante aquella campaña. El caso es que al concluir el reencuentro con Fernando Cardenal, Gabriela Selser “evocó con nostalgia a aquel otro Fernando Cardenal mientras conducía hacia su casa”. Porque el jesuita Fernando Cardenal fue quien en 1980 llevó personalmente a la dirección del

diario sandinista BARRICADA la carta que Gabriela le había enviado desde la montaña y que el diario publicó de inmediato.

Gabriela comenzó a trabajar en Barricada en 1984. En este momento de su relato periodístico Gabriela Selser, siempre distante de la Iglesia Católica tradicional, añade una serie de comentarios sobre el caso de Fernando Cardenal que –en mi opinión– son toda una síntesis de la tragedia del desarrollo tradicionalmente católico de América Latina. Gabriela Selser recuerda en este momento (ibídem: 312) la entrevista realizada en 1984 “cuando el Vaticano le prohibió ejercer el sacerdocio (y le expulsó de la Compañía de Jesús, añado) en represalia por su cargo de ministro de educación del sandinismo. Luego, en 1997, continúa Gabriela Selser, Fernando Cardenal realizaría un segundo noviciado en su amada Compañía de Jesús, lo que un año después le permitió reintegrarse formalmente a la Congregación que sin piedad le había expulsado de sus filas (ibídem: 313). Expresión que, en mi opinión, habrá que analizar más detenidamente. Pero Gabriela Selser añade: “Padre, pero esto es injusto –le dije el día previo a su viaje al noviciado en El Salvador”. Y cuestionando el estilo autoritario de la Iglesia Católica le pregunté: ¿Cómo es posible que a usted lo obliguen a repetir el noviciado?

—Nadie me obliga –me respondió– yo quise hacerlo.

—Pero ese requisito se aplica a los jóvenes, no a usted.

—¡Yo soy un joven!, me interrumpió sonriendo.

## DATOS BIBLIOGRÁFICOS:

Selser, Gabriela (2016). 1a ed. Edición al cuidado de Irene Selser Managua. ISBN: 978-99964-0-528-0.